

Phibo era única, era lo que pensaba Nachi. Esta pensaba igual, eran la pareja perfecta.

Llevaban un tiempo casados y como fruto de su amor habían tenido tres hijos, trillizos.

Los cinco vivían a las afueras de Madrid. En una casa de campo con una gran extensión de campos que los felices padres cultivaban duramente desde la salida del sol a la puesta.

Se acercaba la fecha del bautizo. Lo primero, pensar a quién invitar. Con los abuelos serían ocho ya que el padre de Phibo, muy querido por Nachi, Leonardo, había fallecido hacía unos años. Sería íntimo así que decidieron que ellos y los abuelos invitarían a un amigo o amiga.

Los trece acudieron a una pequeña iglesia del barrio de la niñez de los padres. Tan pequeña que con los fieles que acudieron y el sacerdote fueron veintiuno. Los padres vivieron tan contentos la ceremonia que decidieron invitar a todos los asistentes y al párroco a la comida de celebración. Todos aceptaron con gusto y tras las indicaciones para llegar a la casa de Phibo y Nachi, donde tendría lugar la fiesta de celebración, se desplazaron hasta allí.

Los dueños de la casa habían engalanado el jardín de delante de esta con lazos y cintas blancas y contaban con un catering que les serviría la comida en pequeños platos, tipo aperitivo. Con los camareros que servían bebidas a la entrada del recinto, los que atendían las mesas, el cortador de jamón y una pequeña orquesta que amenizaba el evento eran treinta y cuatro las personas que deambulaban por la fiesta. Los invitados comentaban, mientras comían, lo buenos que estaban los platos y especialmente el jamón, traído de Teruel a petición de Nachi. Antes de pasar a los cafés, Phibo se escabulló dentro de la casa para hacer una llamada. Quería dar la señal para que se produjese la sorpresa que tenía para Nachi.

Tras unos minutos un minibús aparcó a la entrada de la finca. Era el equipo de fútbol donde jugaba Nachi. Aunque hicieron ir locos a los camareros del catering, todos tomaron cafés, probaron la tarta y brindaron con cava, este último capricho de Phibo que le recordaba sus raíces catalanas. Era de Besalú, un pueblo del pre Pirineo Gerundense con uno de los puentes románicos más bonitos que Nachi recordaba. Ya había cincuenta y cinco personas en el jardín de la casa y los amigos de Nachi decidieron montar un partidillo de solteros contra casados. Nachi que llevaba sus mejores galas se hizo de rogar, pero al final lo convencieron para que se pudiese de portero y Phibo eligió ser defensa. Todo lo hacían en equipo siempre. El partido transcurrió entre risas y con la animación de la banda de música que, para empezar, tocó “Waka Waka” de Shakira. Y así de motivados jugaron una de las mejores pachangas que recordaban. Lo que seguro que recordaron tiempo después es como quedó el traje de Nachi, rozado de hierba y barro por todos los lados. Phibo se intentó poner serio un par de veces y regañarle, pero se le escapaba la risa. Así pasaron la tarde, sin ningún incidente.

Cuando anocheció, los amigos de Nachi decidieron regresar a Madrid con el minibús. Tenían partido al día siguiente y no querían hacer tarde. Partido al que no tenía que asistir Nachi por razones obvias. Los treinta y cuatro que se quedaban a terminar la fiesta se despidieron de ellos deseándoles mucha suerte. La banda tocó “La mano de Dios” de Rodrigo como colofón. Cuando la terminaron, empezaron los pasodobles. Y aquello parecía más la fiesta de un pueblo pequeño que la celebración de un bautizo de trillizos. Phibo y Nachi abrieron el baile y este aprovechó el momento para agradecerle la sorpresa besándola apasionadamente. Lo que produjo que el resto de invitados los vitoreasen y se fuesen uniendo a los enamorados.

El grupo de música terminó de tocar a altas horas de la madrugada y se despidió agradeciendo que fuesen un público tan animado y participativo. El resto de componentes del catering habían ido recogiendo los platos, vasos y cubiertos de las mesas y quedaron con los anfitriones que volverían a recoger las mesas y sillas al día siguiente. Se fueron dejando al grupo de veintiún familiares y amigos que habían iniciado la fiesta.

Los siguientes en marcharse fueron los fieles que habían invitado en la iglesia y el cura, no sin dar las gracias a los trece que quedaron en la casa. En seguida se fueron también los amigos más cercanos a la familia. Quedándose así los ocho familiares.

Los abuelos durmieron en la casita de invitados y los cinco componentes de la familia protagonista entraron en la casa principal. Los tres pequeños durmieron en sus cunas.

Los dos padres decidieron quedarse un rato charrando del día tan perfecto.

De día ya, uno se metió en la cama rendido y la otra fue a desmaquillarse antes de acostarse.